



**GRUPO DE ESTUDIOS E
INVESTIGACIONES
MARTINISTAS & MARTINEZISTAS
DE ESPAÑA**

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003

*Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.*



**BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 85**

21 de Marzo de 2.025

S U M A R I O

**«RESUMEN GENERAL DE LA
DOCTRINA DE LA REINTEGRACIÓN
SEGÚN
LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN»**

Jean-Marc Vivenza

OLAS DE SILENCIO

(Oleaje Tercero)

Diego Cerrato

**TRABAJOS DE LA PREFECTURA
DE SAN JUAN EVANGELISTA
Y DEL DIRECTORIO NACIONAL DEL
GRAN PRIORATO RECTIFICADO DE HISPANIA**

<https://masoneriacristiana.es/>



G.E.I.M.M.E.

GEIMME © 2025

Todos los derechos están reservados de acuerdo a la Ley y a las normas de las convenciones internacionales.

«RESUMEN GENERAL DE LA DOCTRINA DE LA REINTEGRACIÓN SEGÚN LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN»

Jean-Marc Vivenza



*«El hombre es neófito en el seno de la madre,
es aprendiz durante su vida corporal,
a la muerte de su cuerpo se vuelve compañero,
pero no será maestro sino al final del mundo.»*

L.-C. de Saint-Martin,
«¿Qué diferencia hay entre la plomada y el nivel?»,
in *Ensayo sobre la materia,*
Continuación de las instrucciones en otro plano,
(Fondos L.A., BM de Lyon, Ms. 2 A, 32-97)

I. Los 10 puntos de la doctrina según Saint-Martin

Le debemos a Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803) un resumen en diez puntos de la doctrina iniciática desvelada por Martines de Pasqually a sus discípulos en el siglo XVIII, resumen que es una especie de compendio general, de síntesis temática de las bases principales y de las verdades fundamentales que estructuran y enmarcan la perspectiva espiritual propia de los Élus Cohen, incluyendo los elementos de la cosmogonía, la antropología, el simbolismo, la numerología y la escatología martinesiana.

Estos son esos diez puntos, según el orden de su presentación establecido por el Filósofo Desconocido:

- **1.** Principio universal e indivisible; centro desde donde emanan continuamente todos los centros. [Más que un número, es el principio de todos los números. Sol. Aire].
- **2.** Causa ocasional del universo y doble ley corporal que lo sostiene. Doble ley intelectual que actúa en el tiempo. Doble naturaleza tanto del hombre como de todo lo que está compuesto y formado por dos acciones. [Exilio, separación. Agua].
- **3.** Base de los cuerpos como de todos los resultados. Número de los seres inateriales que no piensan. [Marca de la creación. Ley directriz de los seres. Tierra].

- **4.** Todo lo que es activo, central. Principio de las lenguas, bien tempora, bien fuera del tiempo; de la religión y del culto del hombre. Número de los seres inmateriales que piensan. [Perfección, hombre, paraíso, conocimiento. Gran Nombre de Dios. La acción y la manifestación divinas por excelencia. Lo que dura. Fuego].
- **5.** Idolatría, putrefacción. [Principio del mal].
- **6.** Leyes de la formación del mundo temporal; división natural del círculo por el radio, es decir, relación eterna de la circunferencia con Dios. [No como agente, sino como medio necesario a todo agente para su eficacia. Más que número, ley de todos los números].
- **7.** Causa de los vientos y soplos de todo tipo. Fuente de las producciones intelectuales y sensibles del hombre. [El divino poder en sí mismo].
- **8.** Número temporal de aquel que es el único apoyo, la única fuerza y la única esperanza del hombre, es decir, de este ser real y físico que tiene dos nombres y cuatro números, en tanto que es a la vez activo e inteligente y su acción se extiende sobre los cuatro mundos; es decir, del Reparador. Justicia.
- **9.** Formación del hombre corporal en el seno de la mujer y descomposición del triángulo universal y particular. [Expiación. Materia. Lo que pasa].
- **10.** Vía y complemento de las nueve páginas anteriores. La página más esencial, porque, al disponer las páginas siguiendo una circunferencia, la décima colinda con la primera. [Imagen de Dios. Reconciliación de todos los seres en su reunión con el uno]¹.

II. Identidad de los puntos fundamentales de la doctrina para Jean-Baptiste Willermoz

Los grandes principios de estos diez puntos doctrinales se encuentran, aunque de manera más breve, en un orden cronológico idéntico respetuoso con la ontología martinesiana, en el resumen escrito por Jean-Baptiste Willermoz sobre las «materias tratadas de manera resumida en asamblea general» durante las *Lecciones de Lyon*:

«La emanación de los espíritus primeros libres, su prevaricación, su castigo. Creación del universo físico por peso, número y medida, para contenerlos en privación. Inmutabilidad en sus facultades y potencia, cambio de las leyes de acción, motivos de sus esfuerzos por destruir. ¿Cuál era su destino en ese lugar de privación?²»

En cuanto al «*Resumen general de la doctrina*», evidentemente es mucho más completo porque tenía vocación de ser una especie de *memorándum* de la enseñanza reservada del Régimen Escocés Rectificado -aunque no forman parte de las *Instrucciones secretas* propiamente dichas, siendo una hoja separada y bien distinta que acompaña los «*Títulos generales y particulares*

¹ L.-C. de Saint-Martin in R. Amadou, *Introducción a Martines de Pasqually*, IIIª parte. Rev. *La Iniciación*, año 43, (3), jul. agosto, sept. 1969, p. 166.

² J.-B. Willermoz, *Lecciones de Lyon*, nº 105, n. d.

de los seis Cuadernos» doctrinales³-, exponiendo, con una precisión notable, el *corpus* doctrinal que infunde en todas sus clases, desde el primer grado de Aprendiz de las logias simbólicas hasta el último estado, propio de la «Orden Interior», el de Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa, en el sistema masónico y caballeresco edificado por Jean-Baptiste Willermoz⁴.

III. Las bases de la enseñanza doctrinal se encuentran expuestas en «De los errores y de la verdad, o los Hombres llamados de vuelta al Principio Universal de la Ciencia»

Sin embargo, ya en su primera obra -cuyo título completo nos informa sobre lo que llevó al Filósofo Desconocido a escribir el texto, donde dice lo siguiente: «*De los errores y de la verdad, o los Hombres llamados de vuelta al Principio Universal de la Ciencia: es una Obra en la que, recalcando a los observadores la incertidumbre de sus investigaciones, y sus errores continuos, les indica el camino que debieran haber seguido para adquirir la evidencia física sobre el origen del bien y del mal, sobre el hombre, sobre la naturaleza material, la naturaleza inmaterial, y la naturaleza sagrada, sobre la base de los gobiernos políticos, sobre la autoridad de los soberanos, sobre la justicia civil y criminal, sobre las ciencias, las lenguas, y las artes*»⁵-, Saint-Martin, de alguna manera, puso las bases de la enseñanza doctrinal señalando el objeto de su estudio:

³ *Títulos generales y particulares de los seis Cuadernos*, B.M. de Lyon, Ms. 5.475, pieza 4.

⁴ He aquí el *resumen general de la doctrina*, tal como se impartió a los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa:

- «- Sobre la naturaleza divina considerada en su unidad, la trinidad de sus potencias creadoras y la cuatriple esencia divina.
- Sobre la naturaleza esencial del hombre imagen y semejanza de Dios.
- Sobre su emanación en su jefe 4 [cuaternario], su emancipación en el centro de las 4 regiones celestes del universo creado, y su primer destino en una forma corporal, gloriosa, impassible e incorruptible.
- Sobre su enorme prevaricación; sobre los funestos efectos que produjo, tanto para él mismo y su posteridad como en la Naturaleza entera, y su caída como castigo en un cuerpo de materia terrestre.
- Sobre su naturaleza mixta actual, su sometimiento al poder demoniaco que lo subyugó y lo domina; la imposibilidad de que se levante por sí mismo y la necesidad absoluta de que el Verbo de Dios se haga hombre para levantarlo y rehabilitarlo en sus primeros derechos, absolviéndolo como hombre puro por su muerte y su entrega voluntaria; la deuda del hombre prevaricador.
- Sobre la doble naturaleza de Jesucristo, Dios y hombre, cuya unión por siempre indisoluble de las dos naturalezas en una sola y misma persona resaltó infinitamente e hizo infalible la gran obra de la Redención del género humano, dejando todo el mérito del sacrificio y la gloria de la victoria a la única y firme voluntad reparadora del hombre puro que se había entregado a la ignominia y a la muerte, [Redención] apoyada y fortalecida durante toda la duración de este horrible combate por la presencia del Verbo divino que habitaba íntimamente en él; sacrificio inefable por el cual su santa humanidad fue glorificada y divinizada por la eternidad, y que hará del divino Redentor Jesucristo el Dios eternamente visible en sus dos naturalezas a los ángeles, a los arcángeles y a todos los hombres santificados.» (Cf. *Resumen general de la doctrina*, B.M. de Lyon, Ms. 5.475, pieza 5).

⁵ Saint-Martin nos informa sobre la manera como escribió su primera obra: «*primero escribí unas treinta páginas que enseñé al círculo que instruía en casa del Sr. Willermoz, y me animaron a continuar. Fue redactada hacia el final de 1773 y el comienzo de 1774, en cuatro meses, cerca del fuego de la cocina, al no tener habitación donde pudiera calentarme. Algún día incluso el cazo con la sopa se volcó sobre mi pie, y me quemó bastante.*» (*Retrato*, § 165.) El libro no se publicó sino en 1775, recibiendo entonces una acogida entusiasta en entornos y medios literarios, filosóficos y masónicos y, entre estos, en particular entre los hermanos iniciados en los misterios de la Orden de los

«La obra que ofrezco a los hombres no es en absoluto una recopilación de conjeturas, no es un sistema que les presento, creo hacerles un don más útil. Sin embargo, no es la ciencia misma que vengo a traerles: sé que no es del hombre de quien el hombre debe esperar algo: *es solamente un rayo de su propia antorcha que reavivo delante de ellos, con el fin de que los ilumine sobre las ideas falsas que les han dado de la Verdad*, de la misma manera que sobre las armas débiles y peligrosas que manos inseguras emplearon para defenderla.

Efectivamente me afectó profundamente, lo confieso, observando el actual estado de la Ciencia; vi cómo los errores lo desfiguraron, vi el velo espantoso con el que la cubrieron, por el interés de mis semejantes creí que era mi deber sacarla de allí.

Sin duda que para tal empresa necesito más que recursos ordinarios: pero, sin explicarme sobre los que uso, bastará con decir que son de la misma naturaleza que el hombre, que siempre fueron conocidos por unos pocos desde el origen de las cosas, y jamás serán retirados totalmente de la superficie de la Tierra mientras haya seres pensantes.

De allí es de donde saqué la evidencia y la convicción de las verdades cuya búsqueda ocupa todo el Universo.

Después de esta confesión, si aún se me acusara de enseñar una doctrina desconocida, no podría al menos sospecharse que la he inventado, puesto que, si se basa en la naturaleza de los hombres, no sólo no procede de mí, sino que incluso me habría sido imposible establecer otra sólidamente.⁶»

IV. Recordatorio por Saint-Martin de la diferencia entre el «bien» y el «mal»

El Filósofo Desconocido añade esta indicación importante, relacionada con nuestro tema:

«[...] teniendo solo como finalidad el bien del hombre en general y, sobre todo, no queriendo generar discordia entre personas, no ataco directamente ninguno de los dogmas recibidos ni ninguna de las Instituciones políticas establecidas; e incluso, en mis observaciones sobre las ciencias y sobre los distintos sistemas, me he abstenido sobre todo lo que podría tener la más pequeña relación con algunos objetos demasiado particulares.

Élus Cohen, quienes la vieron como la traducción en lenguaje claro de la doctrina de Martines de Pasqually. En realidad, aunque este primer aspecto no se debe descuidar, porque en aquella época Saint-Martin todavía estaba profundamente impregnado de las ideas de su primer maestro, el libro fue escrito primero para responder a las afirmaciones de Nicolas-Antoine Boulanger (1722-1759), quien pretendía, en su *Antigüedad desvelada* (1766), que las religiones habían nacido, en el origen, por el miedo que los hombres pudieron experimentar ante el espectáculo impresionante de los fenómenos naturales (eclipse, trueno y rayo, terremoto, etc.). Saint-Martin se esmeró pues en demostrar que el hombre posee en él, más allá de los elementos que le son proporcionados por su conocimiento sensible muy limitado, una «*luz activa e inteligente*» que es la única fuente real del pensamiento religioso, un inexplicable saber, no material, que se haya en la base y fundamento de las alegorías y mitos.

⁶ *De los errores y de la verdad, o los Hombres llamados al Principio Universal de la Ciencia*, Edimburgo, 1775.

Además, pensé que no debía emplear ninguna citación, porque primero frecuento poco las bibliotecas, y los libros que consulto no se encuentran allí; y, en segundo lugar, porque verdades que solo se apoyasen en testimonios ya no serían verdades. Conviene, pienso yo, exponer aquí el orden y el plan de esta obra. Dentro se verá primero unas observaciones sobre el bien y el mal, por qué los sistemas modernos confundieron uno y otro, y fueron obligados por esto mismo a negar sus diferencias. Un vistazo rápido sobre el hombre esclarecerá plenamente esta dificultad, y enseñará por qué se encuentra todavía en la más profunda ignorancia, no sólo sobre lo que le rodea, sino también sobre su verdadera naturaleza. Las distinciones que se encuentran entre sus facultades serán confirmadas por las que destacaremos incluso entre las facultades de los seres inferiores; por allí demostraremos la universalidad de una doble ley en todo lo que está sometido al tiempo. La necesidad de una tercera ley temporal será aún más claramente probada haciendo ver que la doble ley está absolutamente bajo su dependencia. Los errores que se cometieron sobre todos estos temas desvelarán claramente la causa de la oscuridad, de la variedad y la incertidumbre que se revelan en todas las obras humanas, al igual que en todas las Instituciones, tanto civiles como sagradas, a las que quedan ligados; lo cual enseñará cuál debe ser la verdadera fuente del Poder soberano entre ellos, y el de todos los derechos que constituyen sus distintos establecimientos⁷.»

V. El origen del mal y su «no sustancialidad» según Saint-Martin

Toda la reflexión original, si se puede decir, de Saint-Martin, trata sobre el origen del mal, tema en el que es discípulo fiel de Martines de Pasqually († 1774), del que tradujo perfectamente la tesis relacionada con la «no sustancialidad» del mal, no olvidando que contribuyó ampliamente a la redacción del «*Tratado sobre la reintegración de los seres*», sucediendo al abate Pierre Fournié (1738-1807) como secretario del taumaturgo burdelés, haciendo de esta manera que Pasqually se beneficiara de sus cualidades literarias, intelectuales y filosóficas⁸:

«Esta es pues la diferencia infinita que se encuentra entre los dos Principios; el bien extrae de sí mismo todo su poder y todo su valor; el mal no es nada cuando reina el bien. El bien hace desaparecer, con su presencia, hasta la idea y las menores marcas del mal; el mal, en sus mayores éxitos, es siempre combatido y molestado por la presencia del bien. El mal no tiene ninguna fuerza ni ningún poder propios; los poderes del bien son universales e independientes y se extienden hasta sobre el mismo mal.

⁷ *Ibid.*

⁸ El *Tratado sobre la reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina*, debe su título final a Louis-Claude de Saint-Martin, puesto que el *Tratado*, durante el primer esbozo del texto se titulaba: «*La Reintegración y la reconciliación de todo ser espiritual con sus primeras virtudes, fuerza y potencia en el gozo personal del que todo ser disfrutará distintamente en presencia del Creador*».

Pues un ser no puede igualar a otro en poder a menos que también lo iguale en antigüedad, ya que siempre sería una marca de debilidad e inferioridad en uno de los dos seres no haber podido existir al mismo tiempo que el otro. Ahora bien, si el bien hubiera coexistido con el mal antes, y en todos los tiempos, nunca habrían podido adquirir ninguna superioridad puesto que, en este supuesto, siendo el Principio malo independiente del bueno, y teniendo por consiguiente el mismo poder, o bien no habrían tenido ninguna acción el uno sobre el otro, o bien se habrían equilibrado y contenido mutuamente: así, de esta igualdad de poder, habría resultado una inacción y una esterilidad absoluta en estos dos seres, porque siendo sus fuerzas recíprocas incesantemente iguales y opuestas, habría sido imposible para cualquiera de ellos producir algo. [...] el Principio bueno existía necesariamente antes que cualquier otra cosa; esto basta para demostrar plenamente que el mal sólo puede haber venido después del bien. Establecer de este modo la inferioridad del principio malo, y mostrar su oposición al Principio bueno, es probar que nunca ha habido, y que nunca habrá, la menor alianza o afinidad entre ellos; porque ¿podría entrar en la mente que el mal haya estado alguna vez incluido en la esencia y en las facultades del bien, al que se opone tan diametralmente?⁹»

VI. Insistencia de Saint-Martin sobre la total inocencia de Dios

El resto de estas elaboradas explicaciones es un magnífico recordatorio de la total inocencia de Dios, y de la imposibilidad de cualquier participación por su parte en el mal, cuya posibilidad de ocurrencia y aparición en el escenario de la Historia ignora por completo de antemano, por una razón que hace impensable el conocimiento de la aparición de lo malvada, es decir, la diferencia radical y la distancia insalvable entre el Principio bueno y el «mal»:

« [...] este bien, por poderoso que sea, no puede cooperar de ningún modo en el nacimiento y efectos del mal; puesto que sería necesario o que, antes del origen del mal, hubiese habido en el Principio bueno algún germen, o facultad malvada; y adelantar esta opinión sería renovar la confusión que los juicios y la imprudencia de los hombres han extendido sobre estas materias; o sería necesario que, desde el nacimiento del mal, el bien hubiese podido tener algún trato y alguna relación con él, lo que es imposible y contradictorio. ¿Cuál es, pues, la inconsecuencia de aquellos que, temiendo limitar las facultades del buen Principio, persisten en enseñar una doctrina tan contraria a su naturaleza, como la de atribuirle generalmente todo lo que existe, incluso el mal y el desorden? No hace falta más para darnos cuenta de la distancia inconmensurable que hay entre los dos Principios, y de aquel en el que debemos depositar nuestra confianza.¹⁰»

⁹ *De los errores y de la verdad*, op. cit.

¹⁰ *Ibid.*

VII. Aclaraciones de Saint-Martin sobre el origen del «mal»

La cuestión central, el punto absolutamente fundamental, desde las primeras líneas escritas por el Filósofo Desconocido en la obra que redactó durante su estancia en Lyon entre 1774 y 1776, y que posteriormente hizo publicar, es efectivamente la del «mal» y la incomprensión que reina sobre su origen y su naturaleza; como es fácil comprobar, Saint-Martin no se hacía ilusiones sobre la capacidad de los seres humanos para escuchar verdades tan poderosas, tan poco aceptadas e incluso abiertamente opuestas por la autoridad religiosa y los distintos ministros de la Iglesia institucional que, en este punto, parecen caracterizarse por una intransigencia teológica y un rechazo de las tesis que no forman parte de las definiciones dogmáticas establecidas en los principales concilios:

«Pero reconocer la existencia de este Principio maligno, considerar los efectos de su poder en el Universo y en el hombre, y las falsas consecuencias que los observadores han sacado de él, no es revelar su origen. El mal existe; vemos sus horribles huellas a nuestro alrededor, cualesquiera que sean los esfuerzos que se hayan hecho para negar su deformidad. Pero si este mal no procede del Principio bueno, ¿cómo puede haber surgido?

Ciertamente, ésta es la cuestión más importante para el hombre, y sobre la que me gustaría convencer a todos mis lectores. Pero no me he engañado sobre su éxito, y por muy ciertas que sean las verdades que voy a anunciar, no me sorprenderá verlas rechazadas o mal comprendidas por el mayor número de personas.¹¹»

Como vemos, Saint-Martin sospechaba, con razón, que la mayoría de aquellos a quienes podrían exponerse las verdades de la doctrina iniciática, a causa de la novedad de las tesis reveladas sobre el origen del mal y las sorprendentes condiciones de su aparición, reaccionarían negativamente rechazando, o incluso rechazando enérgicamente, la iluminación procedente de una fuente distinta de los cánones de la teología oficial. Por consiguiente, debemos prestar mucha atención a la «revelación» propuesta por el Filósofo Desconocido, ya que abre y conduce a un concepto completamente original y, en muchos aspectos, fundamentalmente innovador y liberador para las mentes sinceras y perseverantes, en su paciente búsqueda de la «verdad», de la auténtica «ciencia» y de sus principios universales.

a) La libertad concedida a los espíritus emanados por amor no es sinónimo de presciencia, o presciencia del «mal», en la mente del Creador

Así, insistiendo en el mal uso que se hizo de la libertad que condujo a la aparición del mal - libertad, es importante insistir, que no es en absoluto sinónimo de una previsión o presciencia del «mal» en la mente del Creador, para quien la prevaricación, la traición y la revuelta eran formalmente «impensables», de lo contrario habría sido un «adivino» y habría participado indirectamente en la obra oscura de la que, en última instancia, y objetivamente, sería el autor,

¹¹ *Ibid.*

una proposición eminentemente escandalosa y aberrante según Martines de Pasqually, que tendría palabras extremadamente firmes que decir sobre este punto¹²-, es este mal uso el que ha tenido, y sigue teniendo, efectos nocivos sobre la condición de la naturaleza humana, que sufre el justo castigo de una desorientación perversa y corrupta. Saint-Martin se cuida, sin embargo, de no arrojar demasiada luz sobre verdades que, en un principio, podrían ser rechazadas y despreciadas por el común de los mortales:

«[...] si, como consecuencia de su crimen, el Principio del mal sufre todavía las penas anejas a su voluntad rebelde, del mismo modo los sufrimientos actuales del hombre no son más que las consecuencias naturales de un primer error; del mismo modo este error sólo pudo provenir de la libertad del hombre, que, habiendo concebido un pensamiento contra la Ley suprema, se adhirió a ella por su voluntad.

A partir del conocimiento de la relación entre el crimen y los sufrimientos del Principio maligno, podría, siguiendo su analogía, hacer presumir cuál es la naturaleza del crimen del hombre original por la naturaleza de su castigo. Podría incluso, por este medio, apaciguar las murmuraciones que se levantan constantemente sobre el hecho de que estamos condenados a compartir su castigo, aunque no hayamos participado en su crimen. Pero estas verdades serían despreciadas por muchos y apreciadas por tan pocos, que cometería un error al exponerlas a la luz del día. Me contentaré, pues, con poner a los lectores en el camino, mediante un cuadro figurado del estado del hombre en su gloria, y de las penas a que ha sido expuesto desde que fue despojado de ella.¹³»

b) Origen de la fuente universal de los errores

Aunque el resto del desarrollo trata de la naturaleza del hombre, Saint-Martin arroja sin embargo una luz importante para comprender las condiciones en que se encuentra la familia humana desde el principio de los tiempos, al formular una afirmación que merece inscribirse

¹² Martines explica en unos términos muy severos que el Creador no es en ningún caso un «adivino», y que no podía prever por consiguiente y por este hecho de ninguna manera la aparición del «mal»:

«Te he dicho muy claramente que la ciencia espiritual del Eterno, no es el arte de la adivinación, como crees, y por consecuencia, este pretendido arte no puede encontrarse en ninguna de sus criaturas. Si el Dios de Israel tuviese el poder de la adivinación, sería el motor del bien y del mal; por lo tanto, sería también un cruel tirano al permitir a su criatura hacer el mal para luego castigarla por lo que habría podido impedir. No, Señor, el Dios de Israel no es así. [...] Pues sí, señor rey, te lo repito, desafío a este Dios todopoderoso a leer en algún pensamiento que no haya sido concebido. Si esto estuviera en su mano, sería verdaderamente injusto por no detener los funestos acontecimientos que sabría de antemano que iban a suceder a su criatura, y entonces sería el único culpable. Pero como ha establecido sobre leyes inmutables todo lo que subsiste en el universo y ha dejado plena libertad a su criatura, no hay en él presciencia ni puede intervenir en las causas segundas de este universo. Quien dé el nombre de adivino al Creador o a su criatura insulta a uno y otra, peca contra el espíritu y será horriblemente castigado.» (Tratado, § 282).

¹³ *De los errores y de la verdad*, op. cit.

en el frontón de los edificios que cultivan el espiritualismo activo: «*¡La materia no se explica por la materia!*».

He aquí lo que escribe, haciéndonos partícipes de las explicaciones más pertinentes expresadas respecto a las causas invisibles que presidieron el origen de la naturaleza visible y sus leyes orgánicas:

«El uso continuo que hago en esta obra de las palabras *facultades, acciones, causas, principios, agentes, propiedades, virtudes*, despertará sin duda el desprecio y el desdén de mi siglo por sus cualidades ocultas. Sin embargo, sería injusto dar este nombre a esta doctrina, únicamente porque no ofrece nada a los sentidos. Lo oculto para los ojos del cuerpo es lo que no ven; lo oculto para el intelecto es lo que no concibe; en este sentido, pregunto si hay algo más oculto para los ojos y para el intelecto que las nociones generalmente aceptadas sobre todos los objetos que acabo de mencionar. Explican la Materia por la Materia, explican al hombre por los sentidos, explican al Autor de las cosas por la Naturaleza elemental. Así los ojos del cuerpo, no viendo más que conjuntos, buscan en vano los Principios elementales que se les anuncian, y no pudiendo nunca percibirlos, es evidente que han sido engañados. El hombre ve en sus sentidos el juego de sus órganos, pero no reconoce en ellos su inteligencia. Finalmente, la Naturaleza visible presenta al ojo la obra de un gran Artista, pero como no ofrece a la inteligencia la razón de las cosas, deja desconocida la Justicia del Maestro, la ternura del Padre y todos los consejos del Soberano; de tal modo que no se puede negar que estas explicaciones están absolutamente nulas y vacías de verdad, puesto que siempre necesitan ser reemplazadas por nuevas explicaciones.¹⁴»

VIII. La «Causa activa e inteligente»

Pero de esta imposibilidad de explicar la materia por la materia, que todo muestra que tiende a su disolución, corrupción y desaparición, se desprende una verdad, y es la necesidad de la presencia de una “*causa*” primera para darle existencia y mantenerla viva, de un “*agente superior en lo temporal*”.

También se dice que esta “*Causa*” y organizadora es “*activa e inteligente*”, ya que todo lo que pertenece y participa del reino visible de lo viviente está ordenado y sujeto a leyes y reglas inmutables:

«Así, creo poder anunciar la necesidad de una causa activa e inteligente en sí misma, que comunicó la primera acción a la Materia, como se la comunica continuamente en los actos sucesivos de su reproducción y crecimiento, y en todos los efectos que manifiesta a nuestros ojos. No sólo es inconcebible que esta

¹⁴ *Ibid.*

Materia no derive su origen de una Causa exterior a ella misma, sino que podemos ver que incluso hoy en día, tiene que haber necesariamente una Causa que dirija constantemente todas las acciones de esta Materia, y que no hay un solo momento en que pudiera vivir y sostenerse si fuera abandonada a sí misma y privada de sus Principios de reacción.

Finalmente, si una Causa fue necesaria para dar la primera acción a la Materia, si esta Causa es todavía y siempre necesaria para mantener la Materia, ya no es posible formarse una idea de esta Materia sin tener al mismo tiempo la de su Causa, que es la única que la hace ser lo que es, y sin la cual no puede tener un momento de existencia: y así como no puedo concebir la forma de un cuerpo sin el Principio innato que lo produjo, así tampoco puedo concebir la actividad de los Cuerpos y de la Materia sin una causa física, pero inmaterial, activa e inteligente a la vez, superior a los Principios corpóreos, y que les da este movimiento y esta acción que veo en ellos, pero que sé que no les pertenece esencialmente.

Esto puede bastar para explicar todos los Fenómenos regulares de la Naturaleza, donde, reconociendo como cabeza y guía a una Causa superior, a la que no podemos negar inteligencia, consideraremos el orden y la exactitud que reinan en el Universo como efecto y consecuencia natural de la inteligencia de esta misma Causa.¹⁵»

IX. La «Religión primitiva» y el culto original

Fue con respecto a esta «*causa activa e inteligente*» que el hombre, primero tenía el deber de celebrar un «culto» en el que consistía la «*primera religión del hombre*», una religión llamada «primitiva», puesto que precisamente estaba basada en un conocimiento perfecto y «original» de las leyes universales:

«La religión del hombre en su primer estado estaba sujeta a un culto, como lo está todavía hoy, aunque de forma diferente; la Ley principal de este hombre era llevar continuamente su mirada de Oriente a Occidente, y de Norte a Sur; es decir, determinar las latitudes y longitudes en todas las partes del Universo. Por este medio tuvo perfecto conocimiento de todo lo que allí ocurría, purgó todo su imperio de malhechores, aseguró el camino a los viajeros bien intencionados y estableció el orden y la paz en todos los Estados sometidos a su dominio; con esto también manifestó plenamente el poder y la gloria de la Causa Primera, que le había confiado estas sublimes funciones, y esto fue rendirle el homenaje más digno de ella, y el único capaz de honrarla y complacerla; pues siendo Una en esencia, nunca ha tenido otro objeto que hacer reinar su Unidad, es decir, hacer felices a todos los seres. Sin embargo, si el hombre no hubiera sido asistido en el ejercicio de la inmensa tarea que se le encomendó, no habría podido abarcar todas sus partes por sí solo: por eso tuvo fieles ministros a su alrededor que cumplieron sus órdenes con precisión y rapidez: él pensaba, sus ministros leían

¹⁵ *Ibid.*

sus deseos y los escribían en caracteres tan claros y expresivos que estaban libres de toda ambigüedad.¹⁶»

IX. La «segunda religión del hombre» lo coloca en un estado de dependencia respecto a la «Causa activa e inteligente»

Si la religión primitiva tenía por «culto» un conocimiento perfecto y sobre todo positivamente inmaterial de las leyes que rigen el universo, no ocurre lo mismo para la «segunda religión» que surge después de la prevaricación de Adán, obligando el uso, esta vez, y consecutivamente a la pérdida de «dones» innatos recibidos del Creador, de medios materiales y sensibles. Sin embargo, el hombre, incluso disminuido y notablemente debilitado, sigue siendo portador en sí mismo del «*Altar*» y del «*incienso*»:

«Como la primera religión del hombre es invariable, está, a pesar de su caída, sujeto a los mismos deberes; pero como ha cambiado de ambiente, también ha tenido que cambiar su Ley para guiarse en el ejercicio de su religión. Ahora bien, este cambio no es otra cosa que haberse sometido a la necesidad de emplear medios sensibles para un culto que nunca debía conocerlos. Sin embargo, como estos medios se le presentan naturalmente, tiene muy poco que hacer para buscarlos, pero mucho más, es cierto, para aprovecharlos y utilizarlos con éxito. En primer lugar, no puede dar un paso sin encontrarse con su *Altar*; y este *Altar* está siempre provisto de Lámparas que no se apagan, y que durarán tanto como el *Altar* mismo. En segundo lugar, lleva siempre consigo *incienso*, para poder entregarse en todo momento a los actos de su religión. Pero con todas estas ventajas, es espantoso pensar cuán lejos está el hombre de su meta, cuántos intentos tiene que hacer antes de poder cumplir plenamente sus primeros deberes; e incluso cuando lo haya conseguido, permanecerá siempre en una sujeción irrevocable que le hará sentir el rigor de su condena hasta el final. Esta sujeción consiste en no poder hacer absolutamente nada por sí mismo, y en depender siempre de esta *Causa activa e inteligente* que es la única que puede volverle al buen camino cuando se extravía; la única que puede sostenerle en él, y la que hoy debe dirigir todos sus pasos, de modo que sin ella no sólo no puede saber nada, sino que ni siquiera puede sacar el menor fruto de sus conocimientos y de sus propias facultades.¹⁷»

Además, aunque Adán poseía originariamente la facultad de la visión inmediata que le permitía leer los pensamientos de los espíritus superiores, hoy debe recurrir inevitablemente a la lectura y a la escritura para progresar en el conocimiento. Esta ley está destinada a perdurar a través de los siglos hasta que la visión de la «revelación» última en el Monte Sion sustituya a

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

todas las demás formas de conocimiento y se imponga a todas las conciencias humanas transformadas por la manifestación del «Verbo» divino:

«Además, ya no es como en sus días de gloria, cuando podía leer los pensamientos más íntimos de sus superiores y súbditos, y por lo tanto podía tratarlos como quisiera. Pero en la horrible expiación a la que se ha expuesto, no puede lisonjearse de que restablecerá este oficio a menos que primero aprenda a escribir; afortunado entonces si se encuentra en situación de aprender a leer, pues hay muchos hombres, incluso los más famosos por sus conocimientos, que se pasan la vida sin haber leído nunca.

No es que algunos no hayan leído sin haber escrito nunca; pero éstos son privilegios particulares, y la Ley general es comenzar por escribir; en lugar de lo cual el hombre, en su primer estado, podía a voluntad ocuparse continuamente en leer. Ahora bien, como la expiación del hombre debe tener lugar en el tiempo, es esta Ley del tiempo la que le somete a una gradación penosa e indispensable en la recuperación de sus derechos y de sus conocimientos, mientras que, en su primer estado, nada se demoraba, y cada una de sus facultades, respondiendo siempre a sus necesidades, actuaba inmediatamente según su deseo.¹⁸»

XI. El «Libro del Hombre» contiene la verdad sobre la doctrina

a) El «Libro» de diez páginas corresponde al número de dones recibidos por el hombre en el momento de su emanación

Sin embargo, desde el momento en que el hombre nace y viene al mundo, a pesar de su degradación, posee un «Libro» compuesto de diez páginas -que corresponde al número de «dones» recibidos por el hombre en el momento de su emanación-, que es una especie de «Tratado» en el que se abordan todas las cuestiones fundamentales que revelan los misterios ocultos que dirigen y, por así decirlo, «guían» la vida de todos los seres presentes en este universo de apariencia material.

Cada una de las páginas es interdependiente, y todas están relacionadas y unidas entre sí de forma inseparable, constituyendo un todo indivisible y formando una «unidad» doctrinal como expone con precisión Saint-Martin:

«Estas inexpresables ventajas iban unidas a la posesión y comprensión de un Libro inestimable, que era uno de los dones que el hombre recibía al nacer. Aunque este Libro sólo contenía diez páginas, contenía todas las luces y todas las Ciencias de lo que ha sido, de lo que es y de lo que será; y el poder del hombre era tan extenso entonces, que tenía la facultad de leer al mismo tiempo en las diez páginas del Libro y abarcarlo de un vistazo. En el momento de su degradación, el mismo Libro permaneció con él, pero fue privado de la facultad de poder leerlo con la misma facilidad, y ya no puede conocer todas sus páginas al mismo tiempo,

¹⁸ *Ibid.*

sino una tras otra. Sin embargo, nunca estará plenamente restablecido en sus derechos hasta que las haya estudiado todas; porque, aunque cada una de estas diez páginas contiene un conocimiento particular propio, sin embargo están tan estrechamente ligadas que es imposible poseer una de ellas perfectamente sin haber llegado a conocerlas todas; y aunque he dicho que el hombre ya no puede leerlas sino una tras otra, ninguno de sus pasos estaría seguro a menos que las hubiera recorrido todas, y especialmente la cuarta, que sirve de punto de unión para todas las demás.¹⁹»

b) La unión esencial de las diez páginas del «Libro», por la cual son absolutamente inseparables

Se trata de un punto interesante, que explica por qué, a través de una lectura fragmentaria e incompleta del «Libro», deteniéndose en pasajes inacabados, algunos deducirán de él tesis particulares pertenecientes al materialismo, al ateísmo o al deísmo, es decir, posiciones que pueden considerarse erróneas en relación con la esencia de la doctrina de la verdad, y que no tienen otra explicación, para hacer justicia a sus afirmaciones, que no sea la visión limitada que proporcionan los desarrollos reduccionistas que no permiten acceder al conocimiento general que sólo puede adquirirse mediante la «unión esencial» de las diez páginas que forman un «todo» inseparable, una «unidad» que es la única que puede proporcionar una verdadera comprensión de la iluminación de la ciencia «*de lo que ha sido, lo que es y lo que será*»:

«Esta es una verdad a la que los hombres han prestado poca atención, y sin embargo es una que era infinitamente necesario que observaran y conocieran: porque todos nacen con el Libro en sus manos; y si el estudio y la comprensión de este Libro son precisamente la tarea que tienen que cumplir, podemos juzgar qué interés tiene para ellos no cometer ningún error. Pero su descuido de este objeto se ha llevado a un punto extremo; apenas hay entre ellos quien haya reparado en esta unión esencial de las diez páginas del Libro, por la que son absolutamente inseparables. Algunos se han detenido en la mitad de este Libro, otros en la tercera hoja, otros en la primera; esto ha producido Ateos, Materialistas y Deístas; algunos han visto claramente la conexión, pero no han captado la importante distinción que debe hacerse entre cada una de estas páginas, y encontrándolas conectadas, las han creído iguales y de la misma naturaleza.²⁰»

Cada página de este «Libro» se refiere a un saber particular, tal como lo describe Saint-Martin, formando las diez partes sucesivas y complementarias de lo que constituye el «Tratado» doctrinal:

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

«La **primera** trataba del Principio Universal, o del Centro, del cual emanan continuamente todos los Centros.

La **segunda** trataba de la Causa ocasional del Universo; de la doble Ley corporal que lo sostiene; de la doble Ley intelectual, que actúa en el tiempo; de la doble naturaleza del hombre, y en general de todo lo que está compuesto y formado de dos acciones.

La **tercera**, de la base de los cuerpos; de todos los resultados y producciones de todas clases, y es aquí donde se encuentra el número de los seres inmateriales que no piensan.

La **cuarta**, sobre todo lo que es activo; sobre el Principio de todos los lenguajes, ya sean temporales o intemporales; sobre la religión y el culto del hombre, y es aquí donde se encuentra el número de seres inmateriales que piensan.

La **quinta**, sobre la idolatría y la putrefacción.

La **sexta**, sobre las Leyes de la formación del Mundo temporal y sobre la división natural del círculo por el radio.

La **séptima**, sobre la causa de los vientos y las mareas; la escala geográfica del hombre; su verdadera Ciencia y la fuente de sus producciones intelectuales o sensibles.

La **octava**, del número temporal que es su único apoyo, la única fuerza y la única esperanza del hombre, es decir, de este ser, real y físico, que tiene dos nombres y cuatro números, en la medida en que es a la vez activo e inteligente, y que su acción se extiende sobre los cuatro Mundos. También trataba de la Justicia y de todos los poderes legislativos, incluidos los derechos de los Soberanos y la autoridad de los Generales y Jueces.

La **novena**, sobre la formación del hombre corpóreo en el seno de la mujer, y la descomposición del triángulo universal y particular.

La **décima**, finalmente, era el camino y el complemento de las nueve precedentes. Era sin duda la más esencial, y aquella sin la cual no se conocerían todas las demás, porque ordenándolas todas las diez en circunferencia, según su orden numérico, se encuentra que es la que tiene más afinidad con la primera, de la cual todo emana; y si se quiere juzgar su importancia, que se sepa que es a través de ella que el Autor de las cosas es invencible, porque es una barrera que lo defiende por todos lados, y que ningún ser puede traspasar.²¹»

²¹ *Ibid.*

c) El «Tratado Doctrinal» contiene todo el conocimiento al que el hombre puede tener acceso

El «Tratado» doctrinal en sus diez páginas, que son otras tantas épocas sucesivas que presiden el origen de todo²², contiene, como es fácil comprobar al leerlo, puesto que expone de forma casi metódica casi todos los conocimientos a los que el hombre puede tener acceso -aunque, no lo olvidemos, la verdadera «Ciencia» sólo puede dársela la «Fuente» a la que el acceso se hace libre por la «Causa Activa e Inteligente»-, incluyendo en particular una «verdad» sobre las leyes simples que constituyen la naturaleza de los seres:

«Así, pues, como vemos contenidos en esta enumeración todos los conocimientos a que puede aspirar el hombre, y las Leyes que se le imponen, es evidente que nunca poseerá Ciencia alguna, ni podrá cumplir ninguno de sus verdaderos deberes, sin beber de esta fuente. Sabemos también al presente cuál es la mano que debe conducirle allí, y que, si por sí mismo no puede dar un paso hacia esta fuente fecunda, puede estar seguro de alcanzarla olvidando su voluntad y dejando actuar la de la Causa activa e inteligente que es la única que debe actuar por él. Felicitémosle, pues, por poder encontrar todavía semejante apoyo en su miseria; llénese de esperanza su corazón, viendo que aún hoy puede descubrir sin error, en este precioso Libro, la esencia y las propiedades de los seres, la razón de las cosas, las Leyes ciertas e invariables de su Religión y del culto que necesariamente debe rendir al Ser primero; es decir, siendo a la vez intelectual y sensible, y no habiendo nada que no sea lo uno o lo otro, debe conocer las relaciones de sí mismo con todo lo que existe. Porque, si este Libro tiene sólo diez páginas, y sin embargo lo contiene todo, nada puede existir sin pertenecer por su Naturaleza a una de las diez páginas. Ahora bien, no existe ningún ser que no indique por sí mismo cuál es su clase y a cuál de las diez páginas pertenece. Cada

²² Observaremos que desde el esbozo de sus primeros escritos de juventud, Saint-Martin insiste claramente en las tesis características de la doctrina martiniana, como este fragmento del «Libro rojo» que trata sobre la creación, efectuada no por Dios directamente, sino por los espíritus intermediarios, como atestigua: «*La prueba de que no es Dios quien hizo la naturaleza, sino que la mandó hacer, es que el alma espiritual del hombre no se une a su forma sino después de que el principio corpóreo la haya construido. Sin embargo, el hombre es el pequeño mundo.*» (El Libro Rojo, Carnet de un joven élú cohen, manuscrito de la abadía benedictina de Saint-Pierre-de-Solesmes, [308] n.d.). De la misma manera, la insistencia sobre el hecho de que la creación, lejos de ser el fruto de un acto libre y gratuito exento de necesidad, proviene de una oposición a la ley divina, queda claramente subrayada en las «Lecciones de Lyon»:

«La creación, habiendo sido una consecuencia de una oposición a la ley divina, y esta oposición primera continua diariamente, esta naturaleza debe representárnosla. Por lo tanto, vemos que todo lo que está contenido en ella está en un combate universal, una mezcla de bien y de mal, de los principios contrarios que tienden a superarse los unos a los otros y donde el más poderoso invade siempre al débil. Siendo la materia lo contrario del espíritu, los seres materiales se nutren en un orden inverso al del espíritu.» (L.-C. de Saint-Martin, *Lecciones de Lyon*, nº 78, 11 de noviembre de 1775).

ser nos ofrece así los medios de instruirnos en todo lo que le concierne. Pero, para encontrar nuestro camino a través de este conocimiento, debemos ser capaces de distinguir las verdaderas y simples Leyes que constituyen la naturaleza de los seres de aquellas que los hombres suponen y sustituyen por ellas cada día.²³»

d) El mundo es una ficción «figurativa» creada en respuesta a una ruptura imprevista del orden divino

Ahora bien, entre las leyes simples recordadas por el «Tratado» doctrinal en sus diez páginas, hay una de particular importancia -designada bajo el nombre de «causa ocasional»-, la relativa a la decisión «forzada» de constituir el Universo material, que se impuso por «fuerza» y «obligación» según Martines²⁴, y se hizo «necesaria» contra la voluntad del Eterno, decisión que siguió a la rebelión de los demonios, punto que preside ciertamente la ontología del *Tratado de la Reintegración de los Seres*, pero también al conjunto del pensamiento de Saint-Martin, conduciéndole a una desconfianza, por no decir a una distancia despreciativa extremadamente negativa, respecto a todo lo que participa de la materialidad visible, constituida y establecida bajo coacción, en respuesta a la acción de ruptura y a la terrible desobediencia de los espíritus demoníacos hacia el Eterno, conduciendo a pensar que todo lo que es materia está determinado a desaparecer y a ser aniquilado:

«Ahora bien, como el nacimiento de la materia es el resultado de la mala voluntad del ser demoníaco, éste sella una alianza con ella y le rinde culto para llevar nuestros deseos y afectos hacia esta materia. [El hombre debe recordar] que su cuerpo y todo lo que es materia un día desaparecerán y se desvanecerán como humo en el aire, mientras que su ser espiritual menor seguirá existiendo eternamente...²⁵»

²³ *Ibid.*

²⁴ «*Sí, es esta prevaricación que no puedes ignorar, aunque no sepas todavía perfectamente su género, la que obligó al Creador a hacer fuerza de ley divina en toda su creación.*» (Tratado, § 42).

²⁵ L.-C. de Saint-Martin, *Lección de Lyon n° 86*, 5 de enero de 1776. Saint-Martin hace preceder el pasaje insistiendo en el destino del aniquilamiento de las formas creadas por las indicaciones siguientes relativas a la separación definitiva entre la materia y el espíritu que adviene al instante de la muerte corporal, instante de liberación que trae el menor «a su estado de espíritu puro y simple»: «*Su segunda liberación llega a su muerte corporal. Entonces, los principios elementales de su forma se separan por la retirada del principio de vida corporal que los tenía unidos y los animaba. El menor, que está sometido a no poder ejercer sus facultades sino mediante los órganos del principio corporal que le sirven de prisión y de velo entre la luz y él, al encontrarse liberado de esta prisión, es devuelto a su estado de espíritu puro y simple, pudiendo recibir la acción espiritual exterior directamente por sus órganos espirituales buenos y una acción espiritual malvada, porque siempre rechazó una para unirse a la otra. Su tercera y perfecta liberación será cuando salga del círculo universal, al final de los tiempos, para ser reintegrado en el centro divino*» (*Ibid.*) Se podría citar todavía otros múltiples y numerosos pasajes de Saint-Martin en sus escritos que tratan sobre el origen tenebroso de la materia y su destino a la desaparición y a la nada, porque el tema es abordado muy a menudo en las reflexiones doctrinales del Filósofo Desconocido. Todas van en el mismo sentido, tratándose de la «reintegración» del compuesto material, lo cual significa en términos claros su «aniquilación», así como se puede considerar: «[...] *la unión del espíritu con la materia es una abominación para el espíritu, puesto que no hay nada que le sea tan contrario como la materia. Esta abominación no cesará sino cuando la materia y el cuaternario*

Por ello, el mundo, con todo lo que contiene, puede considerarse una especie de ficción «figurada» que sólo ha cobrado existencia como respuesta a una alteración, a una ruptura imprevista del orden divino y que, por tanto, carece de consistencia ontológica, ya que no tiene fundamento sustancial, siendo el puro producto de una «causa extralínea» [no alineada con el principio divino], como decía Saint-Martin, es decir, que la razón de ser del universo físico procede de una «causa ocasional» -expresión utilizada también por Jean-Baptiste Willermoz²⁶, que significa que la Creación material responde a una «necesidad», que fue producida y construida como resultado de una decisión no deseada, de una coacción impuesta al Eterno, de una causa «ajena» al orden divino y a sus planes iniciales-, lo que traducido a términos claros significa que la materia es una creación resultante de «circunstancias» lamentables que sorprendieron al Creador. Esto significa que todo ser vivo, y todo aspecto de la materia, desde lo más pequeño a lo más grande de la galaxia, es radicalmente ajeno a «la raíz de la verdad» y tendrá que desaparecer en la nada en el momento de la «reintegración universal»:

«Al mismo tiempo, como este mundo físico sólo es un mundo en apariencia a través de nuestro pensamiento, y sólo es una sombra de los otros mundos, no es

temporal estén reintegrados, cada uno en sus principios, y cuando todas las producciones de las facultades divinas estén reintegradas en el centro divino de las que se han apartado» (L.-C. de Saint-Martin, *Lección de Lyon nº 82*, 6 de diciembre de 1775). O más aún *«Si la materia universal no desapareciera algún día, ¿cómo la eterna verdad podría pues ser conocida? Después de perder la medida del espíritu, su peso y su número, son el peso, el número y la medida física del orden inferior los que nos gobiernan y nos sirven de regla»* (*El Hombre de deseo*, § 187).

²⁶ Jean-Baptiste Willermoz escribe también, mostrando la identidad doctrinal con Martines de Pasqually y Saint-Martin respecto a la Creación del mundo material: *«Siendo este Templo de una naturaleza absolutamente extraña a toda operación divina infinita, el Gran Arquitecto del Universo no podía concebirlo en su mente, y ordenar su construcción a sus agentes, sin estar determinado por una causa opuesta a su unidad eterna; y esta causa ocasional del universo, es cierto que el hombre la ha conocido, que debe haberla conocido, y que, por oscura que parezca, puede conocerla todavía...»* (Cf. Fondos Bernard de Turkheim). Observemos que la idea que se desprende de la expresión original empleada por Jean-Baptiste Willermoz para significar la «naturaleza absolutamente extraña a toda operación divina infinita» de este mundo de materia, un mundo «determinado por una causa opuesta a su unidad eterna», es la de «causa ocasional», término comúnmente utilizado en filosofía a partir del siglo XVIII, principalmente a partir de los trabajos de Nicolas Malebranche (1638-1715), quien hizo popular la expresión estableciendo una teoría de las «causas ocasionales», teoría clásica en los entornos cartesianos donde se solía aplicar al estudio de las relaciones, y acciones recíprocas, entre el cuerpo y el alma, procurando sacar a la luz las «ocasiones», o «causas ocasionales», que determinan la aparición de los pensamientos. La originalidad de Malebranche es haber extendido esta noción, más allá de la interrelación entre sustancia corporal y sustancia espiritual, a las relaciones de todas las sustancias, descartando de esta manera el conjunto de las causas segundas o «eficientes», viendo el conjunto de los acontecimientos que se producen, de manera inmediata y directa, como un resultado, o más exactamente una consecuencia de la única voluntad divina. Eso llevará a poner cada fenómeno, aunque a veces, e incluso a menudo, incomprensible, en el marco de la ley «necesaria» que se ejerce de manera plena y completa: *«Cuando nos encontramos frente un fenómeno incomprensible, siempre debemos pensar que corresponde a una ley, aunque desconocida. Pero, ¿cómo sabemos cuál es esa ley? Malebranche responde que siempre hay que buscar la causa ocasional de un fenómeno. ¿Qué es una causa ocasional? Es la causa, llamada igualmente causa segunda o natural, que determina la eficacia de la ley. La causa ocasional es la causa y el impulso a consecuencia de la cual la ley puede concretarse por efectos particulares. Sin esta causa, no puede producir efectos.»* (Cf. M.-F. Pellegrin, *«El ocasionalismo como necesidad del prisma legal»*, in *El sistema de la ley de Nicolas Malebranche*, Vrin, 2006, p. 47).

posible que la causa de su existencia sea una causa directa. Debe ser una causa extralínea, una causa curva e indirecta, una causa ocasional y circunstancial que no está inmediatamente ligada a la raíz de la verdad; parece más una ayuda, un recurso, un remedio, para llamarnos de nuevo a la vida, que no parece ser la vida misma. Reuniendo el espíritu de todo lo que precede, podemos dar como respuesta a las dos preguntas anteriores que no encontramos nada en el mundo físico que confirme la definición que hemos establecido de un mundo; que este mundo físico, por lo tanto, no es un mundo; finalmente, que sólo vino a la existencia para remediar una alteración. Y así es como podríamos llegar a averiguar la razón de las cosas, o a conocer los porqués, si siguiéramos paso a paso los caminos que la luz natural nos revelara a cada paso; en vez de ocuparnos sólo de los cómo, como hacen las tenebrosas ciencias de los doctores, de forma que siempre estamos retrocediendo en vez de acercarnos. Si este mundo físico no es un mundo en absoluto, si sólo llegó a existir por una causa extraña, y si esta causa extraña sólo puede ser una alteración, es fácil ver las numerosas y justas consecuencias que de ello se derivan, tales como vernos aquí abajo sólo como teniendo que cribar diariamente el mundo figurado para extraer de él los mundos reales-regulares y restituir cada uno de ellos a su acción pura y regular: pues no nos será difícil concebir que al tamizar el mundo figurado estamos tamizando al mismo tiempo el mundo espiritual-regular, ya que la irregularidad del uno y el extralíneaamiento del otro nos muestran cuánta afinidad debe haber entre ellos.²⁷»

XII. Saint-Martin y la doctrina del «espiritualismo activo» contra las tesis de los pensadores materialistas ateos

a) La demostración de que el mundo es un ser «extraño» y «finito»

El mismo análisis se encuentra en la segunda obra de Saint-Martin, publicada después de «Sobre los errores y la verdad» bajo el título «Cuadro natural», donde desarrolla ampliamente el tema del carácter limitado, finito e imperfecto de la creación material, no dudando en referirse al mundo físico como un «ser aparte», como si esta existencia visible fuese una especie de error singularmente alejado de los principios sobrenaturales, una especie de forma incoherente e irregular, sujeta a vicisitudes permanentes, de las que todo da testimonio por las innumerables disimilitudes que se pueden observar siempre que podemos fijar la mirada en cualquier aspecto de este mundo...:

«El Universo es, por así decirlo, un ser aparte; es ajeno a la Divinidad, aunque no le es desconocido ni siquiera indiferente. Por último, no pertenece a la esencia divina, aunque Dios se encarga de mantenerlo y gobernarlo. Así pues, no participa de la perfección que sabemos pertenece a la Divinidad; no forma una unidad con ella; por consiguiente, no está incluido en la simplicidad de las leyes esenciales y

²⁷ *Del espíritu de las cosas, «¿Que es un mundo? ¿Es el universo un mundo?»*

particulares de la naturaleza divina. No es más que un violento conjunto de simpatías y antipatías, de semejanzas y diferencias, que obligan a los seres a vivir en continua agitación para acercarse a lo que les es contrario: tienden sin cesar hacia un estado más tranquilo. Los cuerpos generales y particulares sólo existen por la subdivisión y mezcla de sus principios constitutivos; y la muerte de estos cuerpos sólo se produce cuando las emanaciones de estos principios, que se combinaban mutuamente, se liberan y vuelven a su unidad particular. Finalmente, ¿por qué todo en la creación se devora a sí mismo, si no es porque todo tiende hacia la unidad de la que todo surgió?²⁸»

b) Argumentos contra los pensadores materialistas del siglo XVIII

Una observación acertada, en una época del siglo XVIII en la que el materialismo filosófico era defendido por varias figuras importantes -entre ellas, por citar sólo las más famosas, John Locke (1632-1704), el abate Jean Meslier (1664-1729), François-Marie Arouet conocido como «Voltaire» (1694-1778), Julien Jean Offray de La Mettrie (1709-1751), Denis Diderot (1713-1784), Étienne Bonnot de Condillac, abate de Mureau (1714-1780), Claude-Adrien Helvétius (1715-1771), barón d'Holbach (1723-1789), Donatien Alphonse François de Sade, conocido como el Marqués de Sade (1740-1814), Pierre Jean Georges Cabanis (1757-1808) y Constantin-François Chassebœuf de La Giraudais, conocido como Volney (1757-1820)-, comenzaba a difundirse y a abrirse paso en las mentes de las gentes de Europa con una pronunciada fuerza de convicción, acompaña a las líneas citadas, y trata precisamente de la imposibilidad categórica de poder sostener que el Universo es Dios, hasta el punto de que la imperfección prueba por el contrario que el origen de esta creación participa de una causa absolutamente distinta de la Divina. En efecto, la ley de la interdependencia, la insuficiencia ontológica -pues todo depende en su ser de una causa adventicia que le confiere su existencia-, y el destino de decadencia y desaparición, demuestran que no hay carácter de eternidad y permanencia en el mundo visible, que lejos de poseer un carácter divino es por el contrario limitado, sometido a la imperativa e inflexible regla de la finitud que se aplica a todas las formas vivas y a todos los reinos de la creación material (humanidad, animales, plantas y minerales), sin que nada sea duradero o fijo, poseyendo un comienzo temporal, una duración existencial que no es eterna, y un final inexorable que conduce al silencio de la tumba²⁹:

28 L.-C. de Saint-Martin, *Cuadro Natural de las relaciones que existen entre Dios, el Hombre y el Universo*, 1782.

²⁹ En la segunda instrucción de las *Lecciones de Lyon*, fechada el lunes 10 de enero de 1774, había indicado Jean-Baptiste Willermoz que el cuaternario era la esencia del hombre emanado de la sustancia divina que posee una cuádruple potencia de la que todo proviene y a la que todo volverá, el cuaternario siendo la expresión desarrollada de la unidad divina: «Emanación cuaternaria del hombre que proviene de la cuádruple esencia divina representada por el pensamiento, 1, la voluntad, 2, la acción, 3, y la operación, 4, pues la adición misteriosa completa el número denario, 10 ó 0, es decir la circunferencia, que es el emblema de la potencia eterna y de la creación universal, y su centro que representa la unidad indivisible de donde todo proviene y en la cual todo será reintegrado.» (J.-B. Willermoz, *Lecciones de Lyon* nº 2, 10 de enero de 1774). Además, como recuerda Saint-Martin, este cuaternario, o « 4 », demuestra que procede inmediatamente de la unidad, pero su unión con el « 5 » que lo sigue genera el número « 9 » que es el de la materia, la cual es una «abominación para el espíritu»: «La posición del 4 entre la unidad y el 5 nos hace ver que proviene inmediatamente de la unidad que la precede, que es de ella que recibe todos sus poderes, puesto que es ella la que lo produce, pero que el número 5, que lo sigue y que con 4 son 9, nos

«¿Cómo es, pues, que los hombres han sido tan descuidados como para asimilar a Dios este Universo físico, este ser sin pensamiento, sin voluntad, a quien es ajena la acción misma que manifiesta; este ser, en fin, que sólo existe por divisiones y desorden? Las mezclas de que está formada la Naturaleza física, ¿tienen alguna relación con el carácter constitutivo de la Unidad universal? Y la existencia de este ser mezclado y limitado, sujeto a tantas vicisitudes, ¿puede confundirse alguna vez con el Principio «UNO», eterno e inmutable, fuente de vida, y cuya acción independiente se extiende sobre todos los seres y los ha precedido a todos? La imperfección ligada a las cosas temporales prueba que no son ni iguales ni coeternas con Dios, y muestra al mismo tiempo que no pueden ser permanentes como Él: porque su naturaleza imperfecta, no teniendo nada de la esencia de Dios, a quien sólo pertenece la perfección y la Vida, debe poder perder la vida o el movimiento que haya recibido: porque el verdadero derecho que Dios tiene a no dejar de ser es el de no haber comenzado.³⁰»

c) No tendríamos el deseo de la «verdad» si no fuésemos de su especie

Por consiguiente, a lo largo de su obra, Saint-Martin, en respuesta a las tesis materialistas ateas, estudia con gran atención las facultades que componen al hombre, viendo que en cada ser hay un «principio» que lo mueve fundamentalmente, anima el alma y le hace aspirar, con un ardor profundo, a la eternidad. Se refiere a este «principio» de atracción hacia lo

hace ver la unión del espíritu con la materia; lo cual es una abominación para el espíritu, puesto que no hay nada que le sea tan contrario como la materia. Esta abominación no cesará sino cuando la materia y el cuaternario temporal se reintegren, cada uno en sus principios, y cuando todas las producciones de las facultades divinas sean reintegradas en el centro divino del que se apartaron.» (L.-C. de Saint-Martin, *Lección de Lyon n° 82*, 6 de diciembre de 1775). Continuando con su reflexión, y en razón de esta imperativa ley que se aplica al conjunto del mundo creado que conduce a todas las cosas aquí abajo hacia su finitud y su desaparición, Saint-Martin utiliza además una analogía interesante en relación con el ritmo «cuaternario» de las estaciones, considerando que es en realidad «el otoño», contrariamente a lo que muchos piensan ilusionados y cegados por las falsas claridades de este mundo, que representa mejor el estado general de la creación, en la medida en que esta estación, que viene después del ardor radiante del verano y anuncia su declive antes de que el invierno venga a sumergir la naturaleza en el reino del silencio y el retiro, simboliza bien el «enfriamiento» de las almas que, habiéndose alejado de la «Luz divina», fueron precipitadas en la región de la materia, precisándonos que fue a partir de este momento «*cuando las cosas corporales dieron el primer paso hacia la existencia, y que la Naturaleza comenzó*». De la misma manera, continuando esta analogía estacional, Saint-Martin considera que es «el verano» que sería mejor capaz de caracterizar el aniquilamiento del universo físico cuando llegue el vencimiento de su término temporal, puesto que el mundo visible -según las verdades reveladas de la doctrina de la «reintegración» que encuentran en esas líneas del Filósofo Desconocido una adecuada explicación pedagógica, útilmente recordada si se pudiera dudar todavía que el sentido de la palabra «reintegrada», en lo que concierne la materia, significa sin duda que será «aniquilada»-, universo que, después de descomponerse, volverá a la nada de donde había sido extraído en el origen por el Eterno, que permanecerá fijo e inmutable así como la región divina donde mora, que se conservará en adelante y por siempre «estable por siempre jamás»: «siguiendo la Ley de su curso actual, deberíamos creer que es en el Verano cuando este Universo adquiera el complemento de los cuatro actos de su curso universal; cuando este complemento haya llegado, terminará allí su carrera, y se descolgará de la rama, a imagen de los frutos, *cesará de ser, y desaparecerá totalmente mientras que el árbol del que colgaba permanecerá estable por siempre jamás.*»

Ver Anexo: «**Época del universo**».

³⁰ *Cuadro natural, op. cit.*

intemporal como el «centro inamovible», el «pivote general que domina toda la economía de las cosas», el «axioma vasto y luminoso que nos libra de los tormentos de la incertidumbre universal», pero sobre todo lo identifica con el deseo de «verdad» alojado en lo más profundo del ser. Ahora bien, como señala el Filósofo Desconocido, hay que admitir que no deseamos algo que no conocemos, porque «este deseo prueba por sí solo que el hombre vislumbra la “verdad” en su interior, y que la presiente, “por muy avergonzado que esté de darse cuenta”, como íntima a sí mismo, alojada en el centro más secreto del alma.

De esta observación, Saint-Martin deduce que existe una especie de posibilidad real para cada uno, si el hombre desea iluminarse siendo honesto, sincero y atento a los movimientos interiores de su espíritu, de participar en la «luz imperecedera», si estamos dispuestos a admitir, según la magnífica formulación utilizada por el teósofo de Amboise:

«Solo hay deseo entre seres análogos, así, no deseáramos la verdad si no fuésemos de su especie.³¹»

d) Una constante orientación doctrinal en toda la obra de Saint-Martin

Los ensayos publicados en 1800 bajo el título «*Del Espíritu de las cosas*» son, desde este punto de vista, una perfecta continuidad del trabajo argumentativo iniciado desde la escritura en Lyon de «*De los errores y de la verdad*», libro editado veintidós años antes en 1778, representando un auténtico alegato en contra del materialismo en cada uno de sus numerosos capítulos, poniéndonos en presencia de una idéntica idea maestra que puede resumirse así: no puede haber ningún deseo de verdad en nosotros sin que tengamos una efectiva analogía con ella.

Pero esta analogía no basta; es necesario establecer una alianza duradera, de lo contrario sólo podremos vivir en el sufrimiento y con la insoportable sensación de ruptura, de estar alejados del objeto de nuestro deseo, sabiendo «que en el verdadero orden de las cosas, el conocimiento y el disfrute del objeto conocido deben ir de la mano». Así, los mitos, los libros sagrados, las tradiciones, todos convergen hacia un objetivo común que Saint-Martin se propone sacar a la luz, detectando en cada pueblo, en cada creencia, una raíz idéntica, un origen semejante que sólo atestigua una cosa necesaria: el reencuentro del objeto con su fuente.

Su conclusión, elocuente de sabiduría, expresa acertadamente la esperanza de su pensamiento interior:

«No, hombre, objeto querido y sagrado de mi corazón, no temeré haberte engañado pintándote con los colores más consoladores posibles, las riquezas, los apoyos y los testimonios que se agolpan a tu alrededor, para atestiguar tanto tu destino como los recursos que se te ofrecen para cumplirlo. [...] piensa con respetuosa

³¹ L.-C. de Saint-Martin, *Del Espíritu de las cosas*, 1800.

emoción que todos estos puntos de reunión tienen por objeto abrir tus órganos y tus facultades a las fuentes de esta admiración que necesitas, y que Aquel que es el principio de esta admiración se ocupa constantemente de hacerla llegar hasta ti, porque tu amor sublime por ti es el más sublime de Sus atributos, y que Él sabe que cuanto más se multipliquen para ti los afectos de esta admiración, tanto más se multiplicarán también los afectos de tu amor y de tu felicidad...³²»

Conclusión

En estos desarrollos de Saint-Martin sobre la materia y sus límites, que acaban de ser recordados y explicados, nos situamos claramente en el centro de los principales conceptos de la doctrina recibida de Martines de Pasqually, y en su fiel continuidad donde, con una pedagogía notable en sus explicaciones muy precisas, el Filósofo Desconocido nos hace comprender mejor los diferentes puntos que estructuran una enseñanza que no es dogmática sino «teosófica», cuyo papel es permitirnos realizar una «ascensión» liberadora hacia las regiones espirituales para sumergirnos en la auténtica patria celeste que es la verdadera morada del hombre, que era la suya al principio y a la que está llamado a volver después de haber cumplido, aquí abajo en este valle de Josafat, la duración de su peregrinación en este mundo material.

También hay que señalar que esta «doctrina», lejos de quedarse en una mera instrucción sin carácter «operativo», pretende ser de una utilidad muy práctica en la labor que corresponde al hombre llevar a cabo en su trabajo diario, siendo el alma el «Templo» dentro del cual deben tener lugar las «liturgias del séptimo día», el día del *Sabbath*, el «séptimo» en el que Dios descansó después de haber terminado la obra que había mandado hacer, siendo este bendito día santificado en todo momento por la oración³³:

³² *Ibid.*

³³ Notaremos el análisis muy pertinente de Jean-Baptiste Willermoz sobre la obra de creación realizada por los ángeles, en conformidad con la doctrina martinesiana, donde insiste sobre el hecho de que no fue Dios mismo quien operó, sino que son los «agentes espirituales» quienes ejecutaron las órdenes del Eterno, el «séptimo día» habiendo servido de verificación y del cumplimiento correspondiente a la «santificación sabática» de lo que había sido realizado: «El Génesis nos enseña que el Señor Dios había acabado el sexto día sus obras de creación universal del cielo y de la tierra con todos sus adornos, y que, habiéndolas considerado de nuevo, vio que eran buenas. Es decir, conforme con sus planes, con su voluntad y con sus órdenes. Esta simple exposición nos da un nuevo testimonio de que no es Dios mismo quien operó inmediatamente esta creación, sino que lo fue por esos agentes espirituales encargados de la ejecución de sus órdenes; porque no hubiera necesitado para nada esta verificación si él mismo las hubiese operado. Nos enseña todavía más que el Señor Dios, tras acabarlas, descansó el séptimo día, cuando se cumplió ese día toda la obra que había mandado hacer, y bendijo y santificó el séptimo día para culminarla. Pues había quedado todavía algo por hacer ese séptimo día, y el Génesis no nos lo explica; sin embargo, sabemos por Moisés que los astros, los cuerpos planetarios, las estrellas y todos los cuerpos celestes y terrestres que por la explosión del Caos habían salido de allí animados de la vida pasiva, todavía no habían recibido la vida espiritual que el señor Dios emancipó del círculo de los espíritus septenarios existentes en la inmensidad divina que Lucifer acababa de manchar por su rebelión, a los seres espirituales fieles de esta clase a los cuales quería dar la guía superior de los astros, de los cuerpos planetarios, de las estrellas y de los cuerpos celestes y terrestres que acababa de crear, y que colocó en el centro de cada una de sus producciones para gobernarlas y mantener allí, tanto en su acción propia como en su funcionamiento diario durante toda la duración de los siglos, la maravillosa armonía que acababa de establecer; lo cual constituye la culminación completa de su gran obra y fue al mismo

«No hay un grano de tierra que no sea un templo, puesto que contiene un poder, pero el hombre es el verdadero templo temporal divino y, puesto que ha sido destruido, hay que reconstruirlo. Esa es nuestra tarea. El Monte Moria es el lugar donde Adán fue creado, el famoso Jardín del Edén, el centro de la creación, y donde, como castigo, tomó un cuerpo material. Es probablemente el mismo lugar donde el Reparador hizo el sacrificio del suyo. [...] Debemos santificar el *sabbath* todos los días de nuestra vida...³⁴»

Así, santificando el día destinado al Señor, y haciendo de su vida un acto ceremonial consagrado al servicio del «Templo» secreto situado en el centro del alma, el hombre puede, sin esperar, ocupar desde ahora mismo su lugar en el lugar sagrado, donde será admitido en su calidad de «ministro de las cosas santas»:

«Hombres de paz, hombres de deseo, tal es el esplendor del Templo en el que un día tendréis derecho a ocupar vuestro lugar. Tal privilegio debe asombraros tanto más cuanto que aquí en la tierra podéis poner los cimientos de este Templo, podéis comenzar a construirlo, podéis incluso adornarlo en cada momento de vuestra existencia.³⁵»

En consecuencia, si la restauración del «Templo» se realiza en el alma, entonces el hombre de deseo podrá acercarse al Arca santa presente en el Santuario, y allí celebrar el culto celestial haciendo ascender hasta el Eterno los perfumes ofrecidos en alabanza al Ser infinito, permitiendo así a este último contemplarse en su imagen, es decir, verse a través de los propios ojos del espíritu que fue emanado antes del comienzo de los tiempos, dándole, por medio de esta sublime y magnífica acción, el derecho de convertirse, concretamente, en una operación ontológica de naturaleza transformadora y unitiva, en «el signo inefable» del «Principio»³⁶:

tiempo la bendición y la santificación sabática del séptimo día.» (J.-B. Willermoz, 9º Cuaderno, en «Doctrina de Moisés», «Doctrina, Instrucción particular & secreta a mi hijo, 1818, compuesta de nueve cuadernos», *Renacimiento Tradicional* n° 80, Octubre 1989, p. 241-281).

³⁴ L.-C. de Saint-Martin, *Lecciones de Lyon*, n° 4, 17 de enero de 1774.

³⁵ L.-C. de Saint-Martin, *Cuadro natural*, *op.cit.*

³⁶ Se reconoce evidentemente, en esas propuestas ontológicas de Saint-Martin que versan sobre la identidad entre el alma y el «Principio» -sabiendo que esas citas sacadas del «*Cuadro natural*», del que es de destacar en el título la originalidad precoz de su pensamiento, fueron escritas muchos años antes que el Filósofo Desconocido descubriera la obra de Jacob Boehme (1575-1624) en Estrasburgo, a través de Frédéric-Rodolphe Saltzmann (1749-1820)-, huellas fácilmente identificables de las tesis características de la mística renana, donde la visión de la criatura, mediante el «ojo» de la Divinidad, corresponde a lo que el maestro Eckhart (1260-1328) considera la acción de identidad del alma en Dios y de Dios en el alma, lo cual viene expresado en esos términos : «*Jamás podré ver a Dios, si no es allí donde Dios mismo se ve*» (Cf. M. Eckhart, *Sermón 62*, trad. Ancelet-Hustache, Paris, Seuil, 1971, p. 23). Esta afirmación, cuanto menos sorprendente en el plano metafísico, corresponde a una verdad extraordinaria, a saber, sólo existe en realidad el Ser de Dios en todas las sustancias y en todos los seres, haciendo que cuando un alma ve a Dios, no es sino Dios quien se ve en una misma y semejante mirada, en un semejante movimiento. Subrayemos que es el punto clave de la «doctrina», es decir, que no hay ninguna distancia, absolutamente ninguna diferencia de naturaleza entre el alma emanada y la Divinidad: «*el ojo que interiormente ve a Dios es el único ojo con el que Dios me ve interiormente; mi ojo y el ojo de Dios son un único [ojo], y una única visión y un conocer y un*

«El hombre puro podrá entonces recuperar el acceso a este Templo imperecedero cuyas maravillas debía proclamar, y cuyo crimen ha provocado su destierro. Se acercará al Arca santa sin temor a ser derribado, pues ésta es más poderosa que el Arca de la que nos hablan las tradiciones de los hebreos, y sólo permitirá entrar a quienes hayan sido purificados. Allí, ningún ser estará expuesto al castigo de Oza, porque esta Arca santa es la depositaria de la clemencia y de la vida; y como es al mismo tiempo el centro, el germen y la fuente de todas las Potencias, será para siempre imposible que el hombre sea admitido a su culto sin que ella le abra su Santuario [...]. Estos perfumes, sucediéndose unos a otros con inagotable abundancia, se elevarán hasta la fuente primigenia de toda vida e inteligencia; y esta fuente inagotable, siempre penetrada por su actividad, se abrirá siempre para dejar fluir en las almas de los hombres, con la misma abundancia y continuidad, la dulzura de su propia existencia. Así el hombre podrá alimentarse eternamente de la vida de su modelo; así el gran Ser podrá contemplarse eternamente en su imagen, porque regenerándola constantemente él mismo, le dará así el sublime derecho de ser el signo indeleble de su Principio.³⁷»

Anexo: G.E.I.M.M.E.

«Época del universo»

in Louis-Claude de Saint-Martin, *De los errores y de la verdad, o los Hombres recordados al Principio Universal de la Ciencia*, Edimburgo, 1775, vol. II, capítulo 6.

*

«Tampoco debemos rechazar el Principio de la universalidad cuaternaria, porque veríamos que, incluso entre los seres vegetativos, algunos no esperan toda la revolución de las cuatro estaciones para completar su curso, y que otros sólo alcanzan esta terminación después de varias revoluciones solares anuales. Esta diferencia proviene del hecho de que unos necesitan una reacción menor, y otros una mayor, para actuar y realizar su obra particular. Pero estos cuatro grados o estos cuatro actos que acabo de señalar no son menos adecuados para ellos, y se cumplen siempre con perfecta exactitud tanto en los seres más primitivos, como en los más tardíos, porque según lo que hemos visto sobre el número cuatro en relación con la extensión, es el que lo mide todo, y el que lleva su acción a todas partes, aunque no lleve una

amar.» (M. Eckhart, *Sermón 12*, in *Sermones I a XXX*, trad. G. Jarczyk et P.-J. Labarrière, Paris, Albin Michel, 1998, p. 135).

³⁷ *Cuadro natural*, op. cit.

acción igual a todas partes, y que la proporcione universalmente a la diferente naturaleza de los seres.

Lo que acabamos de ver sobre las propiedades de las cuatro estaciones, ¿no arroja alguna luz sobre cuándo surgió el Universo? Es cierto que esto sólo puede concernir a los que conceden un origen al Universo, porque para los que han sido lo bastante ciegos o de tan mala fe como para no reconocerlo, esta investigación resulta superflua. Sin embargo, convencido de que esas mismas personas se beneficiarían de lo que yo les dijera sobre este tema, levantaré, en la medida en que me sea permitido, una esquina del velo ante sus ojos.

Si, en el origen del mundo, consideramos sólo el primer momento de la aparición de su corporización, es cierto que, guiados por el orden de las estaciones, estaríamos tentados de atribuirlo a la primavera, porque éste es, en efecto, el momento de la vegetación.

Pero si eleváramos un poco más nuestra mirada y examináramos todos los actos que debieron preceder a esta corporización visible, tendríamos necesariamente que situar el origen del germen del mundo en una estación distinta de la primavera. En efecto, habría que convenir en que, siendo el curso actual de la Naturaleza universal el mismo que en el momento de su nacimiento, la adopción de sus Principios constitutivos debió tener lugar entonces para ella en las mismas circunstancias y al mismo tiempo que vemos tener lugar hoy la adopción de los Principios particulares que perpetúan su curso y su existencia; es decir, que esta adopción primitiva debió comenzar en el Otoño.

En efecto, cuando los seres pierden el calor del Sol, cuando este astro se aleja de ellos, se acercan y se buscan para compensar su ausencia comunicándose su propio calor; y esto, como hemos visto, es el primer acto de lo que debe tener lugar corporalmente entre los seres particulares de la Naturaleza. Es cuando el Sol dejó de ser sensible a aquellos a quienes había calentado hasta ese punto, que las cosas corpóreas dieron su primer paso hacia la existencia y que la Naturaleza comenzó.

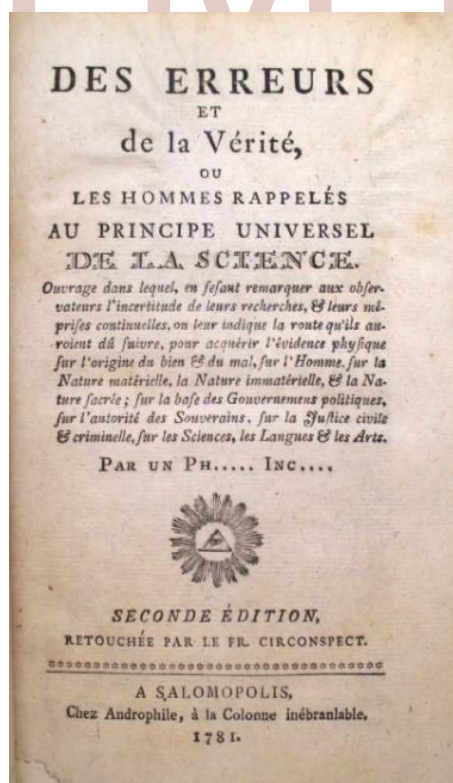
Por la misma analogía podríamos suponer en qué estación esta Naturaleza debe descomponerse y dejar de existir; es decir, siguiendo la Ley de su curso actual, deberíamos creer que es en Verano cuando este Universo adquirirá el complemento de los cuatro actos de su curso universal, que habiendo llegado este complemento, terminará allí su carrera, y que desprendiéndose de la rama, como el fruto, dejará de ser y desaparecerá totalmente, mientras que el árbol al que estaba unido permanecerá estable para siempre.

Lo que acabo de decir se basa en una Ley generalmente reconocida, que es que las cosas siempre terminan donde empezaron. Repito, sin embargo, que, aunque los cuatro actos del curso temporal se cumplen en cada uno de los seres, no hay ninguno en el que esta Ley no opere en momentos diferentes.

Así pues, si este curso varía de la planta al animal, si incluso en cada una de estas dos clases opera de manera tan diferente, tanto en las distintas especies como en los distintos individuos, con mayor razón debe ser más difícil fijar sus Leyes y duración juzgando de lo particular a lo universal. Así pues, nada más lejos de mi intención que querer determinar una estación temporal para estas grandes épocas. Y en verdad, estas cuestiones son enteramente superfluas para el hombre, en la medida en que por la antorcha que lleva en sí mismo puede adquirir una luz más útil, más cierta y más importante sobre estos objetos que la que sólo recae sobre los períodos de los Seres transitorios.

Ruego también que no se me acuse de contradicción o inadvertencia si se me ha oído hablar del Sol antes de la existencia de las cosas corpóreas, no olvido que el Sol que vemos vino a la existencia como todos los cuerpos, y con todos los cuerpos. Pero también sé que hay otro Sol muy físico del cual éste no es más que la figura, y bajo cuyos ojos han tenido lugar todos los actos del nacimiento y formación de la Naturaleza, así como la revolución diaria y anual de los Seres particulares tiene lugar bajo el aspecto y por las Leyes de nuestro Sol corpóreo y sensible.

Así pues, por el bien de quienes lean esto, les ruego que sean lo bastante reservados como para no juzgarme antes de haberme comprendido; y si quieren comprenderme, a menudo deben mirar más allá de lo que digo; pues, ya sea por deber o por prudencia, he dejado mucho que desear.»



*De los errores y de la verdad,
o los Hombres traídos de vuelta al Principio Universal de la Ciencia,
en Salomopolis, Chez Androphile, a la columna inquebrantable, 1781.*

OLAS DE SILENCIO

(Oleaje Tercero)

Diego Cerrato

«Mi Reino no es de este mundo.»

Jn 18:36

*«Hemos nacido de la Luz,
allí donde la Luz ha nacido de sí misma...»*

Evangelio según Tomás, 50

XVII

Saborea la vida historias de presente,
en retales de ahora sin tiempo,
perfilando incontables recuerdos
como ecos entre eternos silencios.

Inspirada de ingenio creativo
pincela vastos universos,
horadando lúcidos sueños.

Luna blanca de sentidos,
rocío de anhelo destilado,
sol de horizonte amanecido,
ilusiones de consuelo fugado,
ocaso de atardecer desprendido,
descanso de suspiro aquietado,
vacío que entrega iluminada
la obra de la vida culminada.

XVIII

Relámpago en noche oscura
es la vida a cada instante;
recuerdo de fugaz hondura,
poema sobrio y errante,
espejismo apasionado
en apertura vaciado.
Algo... ¿ha pasado...?

Eso que en mi se vierte
sin que pueda contenerlo,
eso que me resuena
envolviéndome en su viento.
Eso que me proyecta
en sueños inciertos.
Eso que me despierta
sin espacio ni tiempo,
donde a veces me pierdo
y siempre me encuentro.

Yo Soy Eso...
donde agonizan los recuerdos.
Yo Soy Eso...
donde amanece el Universo.

XIX

Noche encarnada,
Navidad anunciada,
en sí mismo concebido,
todo mundo suspendido,
sin tiempo ni alcance,
al calor de la sangre
incubó lo no nacido
un alma engendada,
en amor develada.

Silencio inflamado,
Estrella de Oriente,
Presencia ardiente,
Dios alumbrado.

G.E.I.M.M.E.

XX

En esa luz de fuego
que exhala de la tierra
aromáticas esencias,
en espíritu me entrego.

En esa sonora brisa
que las aves amenizan
entre brumas y gorjeos,
mi pensamiento entrego.

En inmensos océanos
de abisales misterios,
donde los ríos abocan
y se mecen las olas,
sentidamente me entrego.

En peladas montañas
de valles en acecho,
cuyas tierras frondosas
alimentan nuestra historia,
carne y hueso entrego.

En tu Sangre y en tu Cuerpo,
consagrado en la Presencia,
todo en Ti es reverencia,
y en todo ello me entrego
sellando el Sacramento
del Ahora sin tiempo.

XXI

Cuando la noche
se enamora del día,
danzan las estrellas,
la luna blanca brilla.

Fecunda su mirada,
de luz reflejada,
sombras frondosas,
noche enamorada,
quedando ocultada
sin poder abrazar
al día que amaba.

Tenue horizonte
funde sus miradas,
cuando sale el sol
por la madrugada,
y al caer la tarde
el poniente llama
a esa luna blanca
que les cortejaba.

Guardan las montañas
suspiros de estrellas,
que lejos presencian
tan dulce epopeya.

Entre el día y la noche,
entre la noche y el día,
ocultas transitan
etéreas armonías,
abatiendo el silencio
invisible de su beso.

XXII

En eso me sueño
y en eso despierto;
desde eso me pienso
y al pensar saboreo,
y al saborear me aprecio.

En todo eso que despierta
en el despertar me recuerdo,
en todo eso que conoce
en el conocer me encuentro,
en todo eso que acontece
en el acontecer me reflejo,
en todo eso que piensa
en el pensar me presento,
en todo eso que siente
en el sentir me entrego.

Soy el Ser que en eso
habla al Ser sobre el Ser,
para develar al Ser
que palpita floreciendo
en el Verbo primigenio.

XXIII

Flores los días,
effimeros cuerpos,
miradas perdidas
bañadas de encuentros.

Flores inspirando
fugaces pensamientos,
a veces amargos,
incluso doliendo.

Flores soplando
tu espíritu incierto,
que indaga creando
visible universo.

Solo sé que flores
y por ello te encuentro;
tu aroma permanece
a pesar de los tiempos.

XXIV

Todo acontece en el Ser.
Nada de lo que acontece es el Ser.
Todo conforma al Ser.
No existe forma en el Ser.
Toda forma vela al Ser.
Toda forma revela al Ser.
Toda apariencia se manifiesta en el Ser.
Ninguna apariencia persiste en el Ser.
En toda eternidad permanece el Ser.
Todo tiempo es presente en el Ser.
Todo pasa donde nada pasa en el Ser.

G.E.I.M.M.E.

Todo existe como nadius del Ser.
Toda plenitud es ahora en el Ser.
En todo habla y se escucha el Ser.
En todo piensa y se piensa el Ser.
En todo siente y se siente el Ser.
En todo subyace inefable el Ser.
Silencio atento es el ojo del Ser.
Inmutable y sin tiempo es el Ser.
Paz profunda y gozo anuncian al Ser.
Lo que fue, es y será, es lo que es en el Ser.
Como saeta que hiere cae el hombre del Ser.
Como luz perfumada despierta el alma al Ser.

Ehyeh Asher Ehyeh.



G.E.I.M.M.E.

“Es sólo en la calma de nuestra materia que a nuestro pensamiento le va bien; es sólo en la calma de lo elemental que lo superior actúa. Es sólo en la calma de nuestro pensamiento que nuestro corazón hace verdaderos progresos; es sólo en la calma de lo superior que lo divino se manifiesta. (59) [...] ...porque la paz y la calma son el objetivo final de la naturaleza, como son el objetivo final de la esencia del hombre. (71)”

Louis-Claude de Saint-Martin
(1743-1803)
El Hombre de Deseo

TRABAJOS DE LA PREFECTURA DE SAN JUAN EVANGELISTA Y DEL DIRECTORIO NACIONAL DEL GRAN PRIORATO RECTIFICADO DE HISPANIA

<https://masoneriacristiana.es/>

Intenso fin de semana de trabajos masónicos en Madrid

El **Gran Priorato Rectificado de Hispania (GPRDH)** ha vivido un intenso fin de semana de actividades masónicas en la ciudad de Madrid. Durante los días 1 y 2 de marzo se llevaron a cabo importantes **trabajos en la Prefectura de San Juan Evangelista y el Directorio Escocés Nacional**, consolidando la expansión y continuidad del Régimen Escocés Rectificado.

Capítulo de Noviciado: Investidura de nuevos Escuderos Novicios

El sábado **1 de marzo**, en horario vespertino, tuvo lugar un **Capítulo de Noviciado**, en el que fueron **investidos tres nuevos Escuderos Novicios**. Entre ellos, destacó la presencia de un hermano procedente de **Bento Gonçalves – RS (Brasil)**, mientras que los otros dos candidatos provenían de **Madrid**. Este evento da continuidad al crecimiento de la Orden Interior del Régimen donde los Escuderos Novicios continuarán su formación para poder ser armados Caballeros.

Oficio de Velas de Armas y Armamento de nuevos CBCS

Tras una breve pausa para la cena, la jornada continuó con un **Oficio de Velas de Armas**, un acto de gran solemnidad que precedió al **Armamento** de dos nuevos **Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa (CBCS)** al despuntar el alba el **domingo 2 de marzo**, los ya **Rvdos. Cab. e. a Sapientiae, de Madrid, y e. a Caritatis, de Porto Alegre – RS (Brasil)**, consolidando y fortaleciendo la Clase caballeresca del Régimen, importante para garantizar su custodia y gobierno.

Consagración de la Justa y Perfecta Logia *Oração e Caridade* nº 22

Concluidos los trabajos de la Prefectura San Juan Evangelista, se dio apertura a los trabajos del **Directorio Escocés Nacional** con motivo de un acontecimiento también relevante para el crecimiento de la Clase Simbólica del Régimen: la **consagración de la Justa y Perfecta Logia de Maestros Escoceses de San Andrés *Oração e Caridade* nº 22** en los **Valles de Porto Alegre – RS (Brasil)**.

Durante este evento, el **R.H. Daniel Barbosa** fue instalado como su **primer Diputado Maestro**, y le fue entregada la **Carta Patente** que otorga autoridad a esta nueva Logia Escocesa para la **práctica regular de los cuatro grados de la Clase Simbólica** de la Orden Rectificada. Esta consagración de una segunda Logia Escocesa en Brasil supone un avance

importante para la consolidación del Régimen Escocés Rectificado en estos Valles, facilitando aún más el acceso de los Hermanos brasileños al cuarto grado de Maestro Escocés de San Andrés.

Compromiso con la conservación del Régimen Escocés Rectificado

El **Gran Priorato Rectificado de Hispania** reitera su compromiso con la **fidelidad, reconocimiento, defensa y conservación del Régimen Escocés Rectificado**, manteniendo su especificidad organizativa, estructural y doctrinal. Su firme voluntad es asegurar que su **esencia no sea alterada por el tiempo** y continuar promoviendo los **Principios fundacionales** establecidos en los históricos **Conventos de Lyon (1778) y Wilhelmsbad (1782)**.

Con esta continuidad y perseverancia en la regularidad y exactitud de sus trabajos, el **GPRDH** sigue afianzando su misión de **preservar y fortalecer el Régimen Escocés Rectificado** en sus valores fundacionales esenciales, expandiendo su legado a distintos territorios de Latinoamérica y asegurando así sus principios espirituales e iniciáticos y la solidez de su estructura original según fue concebida y querida por su fundador Jean-Baptiste Willermoz.





“Velad y orad” (Mt 26:41)

Enséñanos a Orar, Señor, iluminando la comprensión de nuestros deseos. Velemos también sobre nuestras plegarias, porque El Eterno siempre las escucha:

Si pides Justicia te mostrará las debilidades que te alejan de su Voluntad. Si pides Clemencia te dará ofensas que perdonar. Si pides Templanza y Valor te dará dificultades que superar. Si pides Prudencia y Sabiduría te dará problemas que resolver. Si pides Fortaleza te concederá peligros y sacrificios que te hagan fuerte. Si pides Amor te dará personas necesitadas a las que ayudar.

Nuestras plegarias siempre son atendidas.

“Son las pruebas enviadas por Dios las que nos dan el derecho de invocarlo, y no los daños que nos causamos a nosotros mismos por nuestra cobardía.” – El Hombre de Deseo § 8, Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803)

Eques a Sacro Corde
Gran Priorato Rectificado de Hispania
Régimen Escocés & Rectificado



G.E.I.M.M.E.
**Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España**

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/
www.youtube.com/c/GEIMME
<https://t.me/geimme>
geimme.info@gmail.com